

Prólogo

PRIMAVERA, UNA ILUSIÓN EFÍMERA,
COMO LOS MANZANOS DE ARMAGH EN FLOR.

—Lo siento de verdad, Lys —reiteró con un gesto de sincero pesar—, pero no puedo postergarlo más.

Aunque hacía mucho que el señor Murphy le había dado el preaviso, Lys Scott sintió una desagradable mezcla de disgusto, al ver la cara de circunstancias de su casero, y de culpabilidad por haberse dedicado durante semanas a demorar el momento de cerrar para siempre las puertas de su negocio.

—No crea que me empeño en oponerme a algo que sé que es inevitable —se excusó—. Ya le dije que necesitaba agotar las existencias. Y es que aún no he vaciado el almacén.

—Estoy atado de pies y manos, Lys. Les di mi palabra. Esta mañana me ha llamado el constructor, tienen previsto empezar las obras el lunes.

Sonó la campanilla de la puerta. Lys giró el rostro hacia la pareja de ancianas que, tras un somero vistazo, escogieron la mesa junto al ventanal.

El café de Gina llevaba abierto cuatro meses. A Lys no le había dado tiempo a hacerse con la clientela habitual. Se enamoró del local a primera vista y por eso decidió alquilarlo. No imaginaba que, un mes después de formalizar el contrato, su casero decidiría vender aquel edificio georgiano; lo cierto es que necesitaba reformas inminentes que él no podía costear. Darren Murphy era un buen hombre, pero había cumplido los sesenta y seis y, con la venta, se quitaba un gran problema de encima, además de asegurarse holgura económica para la vejez.

El resto de inquilinos ya habían ido dejando los apartamentos, lo mismo que el señor Murphy que, para alegría de su esposa, había comprado una casita de una única planta en Kinsealy, muy cerca de donde vivían sus hijos y nietos. La única que se resistía era Lys, y no por cabezonearía, ni por pretender obtener una indemnización mayor.

El problema era que Lys había invertido en aquel café la cantidad estipulada en las condiciones del divorcio en concepto de compensación económica. Un dinero que no pagaba ni desquitaba los seis años dedicados a Aidan ni su renuncia a labrarse un futuro laboral fuera del hogar.

Con un gesto, pidió paciencia al señor Murphy, al mismo tiempo que se acercaba a la mesa para atender a las dos ancianas. Cuando regresó al mostrador, preparó dos teteras. Una de ellas la colocó delante del hombre, junto con un platillo con un par de galletas.

—Están recién hechas —dijo con una sonrisa amable.

Colocó el otro servicio doble de té en la bandeja, además de dos porciones de pastel de crema de *whiskey*, y se dirigió hacia la mesa que ocupaban sus más que probables últimas clientas.

—Están deliciosas —afirmó el señor Murphy, al verla de regreso—. Las echaré de menos

Lys depositó la bandeja vacía sobre el mostrador.

—Una semana más —suplicó.

Incómodo, el hombre clavó la mirada en el fondo de su taza de té.

—Mañana sin falta debo entregar las llaves del edificio. Todas —recalcó.

Ella no insistió. Ya se había agotado el mes de preaviso. Y era honesto reconocer también que, cuando alquiló la planta baja, el hombre le advirtió que andaba negociando con un posible comprador. Entonces Lys pensó que aquello quedaría en nada: las casas de la época georgiana eran muy caras, quién iba a estar interesado en comprar

precisamente aquella estando tan mal conservada. Dublín estaba repleto de edificios de ese estilo y en mejor estado.

Era obvio que estaba poniéndolo en un aprieto, y apreciaba demasiado al señor Murphy como para crearle problemas. Se cruzó de brazos, de cara a los ventanales. Si en lugar de aquel bajo hubiera elegido el que alquilaban justo en la acera de enfrente... Pero no era tan bonito, ni hacía esquina, como su precioso y efímero saloncito de té. Contempló los dibujos enmarcados con las que había decorado las paredes. Eran los mismos que ilustraban los siete cuentos infantiles que había publicado. Historias protagonizadas por la ratita Gina, que, de momento, y hasta que su corazón dejara de doler, no tenía intención de escribiendo ni dibujando.

—Entiendo que estés disgustada.

Lys miró con lástima al hombrecillo con cara de bonachón. Qué sabía él. Aquel pequeño café fue un escondite más en su vida, el tercero que había utilizado como refugio. Primero fue el viejo armario de roble de la casa de la abuela, durante su infancia en Inishmore, donde se escondía para no escuchar los gritos y cuando no quería que nadie la viera llorar. Años después, durante su matrimonio, la cocina de la casa se convirtió en su rincón confortable. El único lugar donde la soledad la hacía sentirse segura. Y después, cuando por fin fue capaz de hacer frente al dolor de perder a su bebé, aquella minúscula cafetería era su último refugio de cuatro paredes, el primero cuyas puertas se había atrevido a abrir para permitir la entrada a los demás.

Lo detuvo al verlo sacar la cartera.

—Invita la casa —dijo con un suspiro—. Me sentó muy mal saber que vendía el edificio. He invertido mucho en este bajo para dejarlo así de bonito. Además de la maquinaria —recordó pensativa.

—Entiéndeme, ¿qué otra cosa podía hacer?

Ella dulcificó el gesto, tampoco pretendía que se sintiese culpable. Las cosas habían se habían sucedido así y no le quedaba más remedio que asumirlo. La habían indemnizado como a los demás y, siendo sincera, postergar el cierre era una cuestión de nostalgia. Había quedado tan acogedor con el empapelado a rayas en blanco y fucsia, y la ratita Gina presente en cada rincón...

—Pero no se preocupe —añadió para tranquilizar al pobre hombre—, he conseguido venderlo todo. Hasta el mobiliario. Solo quería agotar los productos perecederos que tenía almacenados, es una pena que se echen a perder. Hablaré con alguna asociación de caridad, a ver si pueden pasar a recogerlos antes de que se haga de noche.

Las dos señoras se acercaron al mostrador para pagar la cuenta. Y una vez allí, encandiladas con el delicioso aspecto de las dos tartas del expositor, pidieron un par de raciones para llevar. Lys las envolvió cavilando qué podía hacer con el resto de las tartas. Cuando salieron por la puerta, miró al señor Murphy, que también observaba su marcha.

—Las dos últimas clientas de El Café de Gina —asumió.

—Una pena, con lo encantador que es este lugar —reconoció poniendo su mano sobre la de Lys—. Si puedo hacer algo por ti, tienes mi teléfono.

Lys retiró la mano. Su hasta entonces casero no tenía por qué saberlo, pero, desde niña, odiaba que sintieran lástima por ella. Acababa de cumplir veintiocho, ya había soportado suficientes miradas de compasión desde que tenía uso de razón.

Recordó el día en que decidió abrir El Café de Gina. Durante sus años de casada adquirió mucha maña en la cocina. Guisar era el único entretenimiento que la sacaba de su tediosa existencia, sola en aquella casa tan alejada de la ciudad. Los platos salados se le daban muy bien,

pero se decidió por un negocio de pasteles y galletas recordando los años difíciles, cuando su madre la dejó en manos de la abuela Deirdre y se marchó a las islas de Aran para nunca regresar. En su casita de Inis Mór, cada día de la semana, antes de ir al colegio, desayunaba una rodaja de pan con mantequilla. Solo los domingos, la abuela se permitía el lujo de espolvorearla con una generosa cucharada de azúcar y ella masticaba despacio cada bocado para que le durara el dulce sabor en el paladar. La felicidad sabía a pan con mantequilla y azúcar, a mañana de día de fiesta sin ir a la escuela.

—Señor Murphy, si yo le pidiera un favor...

Llevaba rumiando esa idea desde que tecleó en la máquina registradora el último cobro del negocio.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

Lys miró su reloj.

—Todavía son las doce. Antes de las ocho de la tarde puedo entregarle las llaves, hasta entonces me da tiempo a hacer un par de llamadas para que se lleven todo lo que queda en la despensa. Por las sillas y el resto del mobiliario vendrán mañana si insisto. No creo que los nuevos propietarios vayan a empezar ya mismo.

Tenía que telefonar al matrimonio paquistaní que lo había comprado para renovar el de su local de comidas para llevar. Les metería prisa y les pondría en contacto con el señor Murphy. Por si acaso, apuntó en un papel el número de los compradores y se lo entregó al casero.

—¿En qué necesitas que te ayude? —se ofreció—. ¿Quieres que vaya amontonando las sillas?

Lys negó, pensativa. No se trataba de eso, quedaban dos tartas casi enteras, medio *plum cake* y cuatro docenas de galletas. Aquellas dos abuelitas fueron sus últimas clientas, pero no las últimas personas que iban a disfrutar de los sabores de El Café de Gina.

—Necesito que me ayude a empaquetar los pasteles de

la vitrina. Y le agradecería muchísimo que me llevara en coche. Si voy en la moto, me será imposible repartirlos.

—Cuenta con ello, mi mujer no me espera hasta la tarde.

—¡Ah! Y haremos también unos termos de té bien caliente —decidió, sacando la tarta de zanahoria del aparador refrigerado—. ¿Cómo vamos a tirar todo esto a la basura con lo bien que sabe?

Haría lo mismo que todas las noches, cuando bajaba la persiana, daba una vuelta por los alrededores y repartía los pasteles que no se habían vendido entre los indigentes que dormían en las aceras. Con la ayuda del señor Murphy, los habituales del vecindario que malvivían en las calles porque carecían de un techo donde cobijarse, iban a saborear el almuerzo más dulce de todo Dublín ese mediodía.

Capítulo 1

UN VERANO CLAROSCURO Y LLENO DE SABOR, COMO UNA TARTA DE CHOCOLATE CON NATA BATIDA Y CEREZAS FRESCAS

Seis meses después...

Lo intentó, pero todo se fue al garete. Lys creyó que, siendo la dueña de su propio negocio, tendría el gobierno sobre los ingresos que aseguraban su sustento y, por ende, el control absoluto de su vida. Ya sabía lo que era sentirse dependiente de otra persona, y la intontona de llevar las riendas de su existencia acabó en una vana ilusión.

Pero no se arrepentía de la decisión que tomó cuando tuvo que cerrar y liquidar su efímero salón de té en el centro de Dublín. No se permitió a sí misma el lujo de hundirse y volverse a meter en la cama para no salir de ella durante días; esa desalentadora solución ya la había usado en el pasado, cuando creyó que la vida carecía de sentido. Tumbarse y cerrar los ojos a la espera de que las horas pasaran no servía para nada.

Esa vez optó por analizar su situación. Contaba con las regalías de los cuentos que, por fortuna para ella y tranquilidad de su editor, continuaban vendiéndose muy bien. Aunque, en conjunto, no bastaban para vivir, le aportaban cierta seguridad, puesto que los iba ahorrando. De momento no había extraído ni un euro de la cuenta donde la editorial se los ingresaba, y no pensaba hacerlo de no ser imprescindible. Siendo ecuánime a la par que agradecida, su situación económica en ningún momento había llegado a calificarse de desesperada.

Evaluó las opciones que se le presentaban. Solicitar trabajo en algún museo público o privado probablemente no iba a reportarle un puesto con la inmediatez que

le hacía falta. Y, además, en ese particular momento de su vida, en el que apenas empezaba a atreverse a abrir las puertas a nadie, no le apetecía la obligación inevitable de trabajar en equipo. Dedicarse a la docencia fue una opción que descartó desde el principio puesto que no había nacido con vocación ni se hallaba en condiciones de concentrarse en la preparación de unas clases con profesionalidad. Y trabajar de mala gana, además de una condena, implicaba un perjuicio injusto para su hipotético alumnado.

Lys había extendido todas sus cartas sobre la mesa. ¿Qué sabía hacer? Narrar cuentos e ilustrarlos, tarea que había aparcado porque su estado de ánimo se lo impedía; le temblaba la mano ante la sola idea de coger un rotulador. Un día retomaría las aventuras de su ratita aficionada a la cocina. Así se lo había prometido a su editor y estaba dispuesta a cumplir su palabra. Pero no en los próximos meses, no hasta que sanara la brecha que aún se le abría en el corazón cada vez que recordaba al bebé que ya nunca acunaría en sus brazos.

Descartadas también la docencia y la museística, oportunidades que le permitían su nunca ejercida Licenciatura en Historia del Arte, quedó una única carta sobre la mesa.

Y esa escogió.

A resultas del aburrimiento en que devino su matrimonio, durante en el que sin darse cuenta se vio convertida en una esposa dependiente y anulada por Aidan, se refugió en la cocina de la casa para combatir el tedio y la soledad. A fuerza de guisar y experimentar con recetas, podía presumir de buena cocinera. Por eso decidió abrir El Café de Gina cuando se divorciaron. Negocio que fracasó pero del que obtuvo una experiencia vital: nunca más volvería a correr riesgos empresariales. En adelante se conformaría con la comodidad de trabajar para otros y la tranquilidad de recibir un sueldo seguro a fin de mes.

Por eso aceptó aquel empleo que le ofrecieron en la agencia de colocación. Y así fue como llegó a la enorme y soleada cocina de la familia McEvan. Si Aidan y la gente con la que se codeaba en su época de casada lo supieran, no darían crédito al verla vestida de empleada doméstica. Pero los orígenes de Lys eran muy humildes. Ella venía de las Islas Aran y en casa de la abuela Deirdre creció con lo justo; y en cierta época triste, con auténtica estrechez y ningún lujo. Esa educación le enseñó a no desdeñar ningún oficio. Lys consideraba digno cualquier trabajo, tanto mérito tenía y tan necesario era barrer las calles como pilotar un avión.

Sin querer, convirtió la cocina de los McEvan en un nuevo armario vital en el que había vuelto a encerrarse. Cuando cocinaba, mantenía la mente y las manos ocupadas. Se esmeraba en la elaboración de cada plato con una concentración extrema. Los resultados se hacían notar, puesto que la señora McEvan apreciaba mucho sus guisos. Esa dedicación le impedía pensar en nada más. Mientras medía tiempos, sopesaba la cantidad exacta de las especias y apreciaba la intensidad justa para que ningún sabor disfrazara el gusto genuino de la receta, evitaba acordarse del pequeño pedacito de sí que el destino le arrancó de los brazos de una forma inesperada y cruel. Ya podían consolarla repitiéndole mil millones de veces que no tenía ni treinta años y una vida por delante, que no servía de nada. Recordar aquella tragedia que ninguna madre debería vivir la desgarraba por dentro y le llenaba los ojos de lágrimas.

Con la pérdida de Rori, su matrimonio se deshizo, y algo más tarde, el negocio en el que volcó sus ilusiones, fracasó. Pero la vida seguía, y la suya, en ese momento, consistía en cocinar a las órdenes de la señora McEvan, que no era precisamente la reina de la simpatía, pero podría ser peor. No se entrometía en su trabajo y no pisaba

la cocina salvo para darle instrucciones sobre la compra y sus preferencias culinarias.

Lys no tenía intención de quedarse en aquella casa para siempre. En un futuro cercano pensaba abandonar Dublín, ya que apenas se movía por aquella ciudad que le traía más recuerdos tristes que dichosos. No había decidido dónde instalarse todavía, aunque su idea era hacerlo lejos de la capital.

Al menos no estaba a disgusto en aquella cocina, cuya ventana con vistas al jardín trasero constituían todo su horizonte, junto a las paredes de su pequeño apartamento de alquiler. Soñar con otra cosa era algo bonito, por eso no dejaba de recortar las etiquetas de los paquetes de café soluble con la esperanza de que algún día le tocara ese premio que prometían de un sueldo para toda la vida. Si llegara a ser la afortunada, se dedicaría a lo que le diera la gana, a viajar por el mundo en busca de escenarios donde ambientar las aventuras de su ratita imaginaria, sin padecer cuando llegara la hora de pagar las facturas. Y cuando volviera a verse con ánimos, comenzaría a escribir nuevas historias.

De momento se conformaba con otra forma de escritura, más escueta pero inesperadamente interesante. Desde que empezó a trabajar para aquella familia, la señora McEvan le pedía cada día que preparara una fiambra con la cena para su hermano. Nunca había preguntado por él, puesto que la señora le había advertido desde el primer minuto que en aquella casa se exigía discreción y no se permitían los cotilleos de pasillo. Solo sabía que el hermano en cuestión vivía en la casa pareada de al lado; la casa era una elegante mansión compuesta por dos viviendas gemelas, propia de Ballsbridge, uno de los más exclusivos barrios al sur del río Liffey. Y supo que ese señor vivía pared con pared porque se lo comentó de pasada la asistenta que se ocupaba de la limpieza. Al parecer, el hombre acudía cada noche a saludar y a recoger la

cena. Al día siguiente le hacía llegar el recipiente vacío a manos de esa misma asistenta.

Nadie sabía el secreto que contenían aquellas fiambreras mensajeras de ida y vuelta.

Lys las dejaba preparadas en una bolsa de plástico, dentro de la nevera y él las retornaba dentro del mismo envoltorio. Intuía que se trataba de un solterón mimado, un inútil incapaz de alimentarse por sus propios medios. Alguien solitario, ya que no salía para cenar en cualquier *pub* como hacían muchos. La señora McEvan tenía unos cincuenta años, así que suponía que su hermano debía rondar esa edad.

Si la señora llegaba a enterarse, la amonestaría y con razón por tomarse tantas libertades, cosa que a Lys no le importaba demasiado, ya que no pensaba quedarse eternamente cocinando para ella. Abrió el cajón de los paños de cocina, bajo los cuales guardaba la última misiva recibida, garabateada en un *post-it*. La había escrito con trazos tan rudos como su mensaje. Volvió a leerla.

El estofado estaba dulce. Use más la sal. Gracias.

Lys rio entre dientes al leerla, como la primera vez. ¡Oh, qué amable! Le daba las gracias. Detalle que no repitió cuando ella le respondió de idéntica manera, añadiendo una pullita sutil.

La sal sube la presión arterial. Y eso no es conveniente a ciertas edades.

La siguiente nota que Lys recibió pegada a la fiambarrera vacía contenía un consejo.

No se preocupe tanto y agite sin miedo el salero. Gozo de un excelente estado de salud.

Sin más. Sin despedida ni gracias ni una sonrisita dibujada. ¡Encima de que se esmeraba en prepararle la cena con mimo en vez de llenarle el recipiente con sopa de lata! De haberlo hecho, ni él ni la estirada de su hermana se habrían percatado del engaño.

Bien, ya había perdido bastante tiempo guardando las compras en su sitio. Era hora de ponerse a la tarea. Esa mañana, a primera hora, Tessa McEvan le había pedido que preparara una sopa de pescado y marisco. Y que no olvidara guardar una ración para la cena de su hermano.

—Si no me preocupara yo por lo que come, sabe Dios con qué clase de porquerías se alimentaría. No debe tener en la nevera más que hielo, agua y cerveza.

Mientras se anudaba el delantal, Lys ideó el modo de dulcificar el carácter de su solitario y antipático interlocutor. Responder con amable ironía a las notitas serias de aquel desconocido era la única cosa divertida de trabajar en aquella casa.

Lys aparcó la moto y sacudió el chubasquero antes de entrar en su apartamento. Subió los dos tramos de escaleras y lo colgó en la percha del vestíbulo que compartía con el piso de al lado. La dueña, que residía en los bajos del antiguo edificio reconvertido en estudios de alquiler, solo aceptaba gente de confianza. En un esfuerzo por que los inquilinos que ocupaban su casa, no dejaran de ser una pequeña familia. Incluso había colocado una estantería baja donde ella y el vecino de al lado dejaban las botas de agua y los paraguas sin miedo a que desaparecieran, puesto que ya se ocupaba la casera de que allí no entrara nadie más que los residentes.

Sobre el mueblecito, la mujer le había dejado el correo, en su mayoría, publicidad. Abrió la puerta y dejó el bolso

encima de una silla, se quitó los botines y los dejó cerca del radiador para que se secaran.

No tenía costumbre de almorzar en el trabajo, aunque la señora McEvan insistía en que lo hiciera. Lys prefería llevarse una ración de lo que hubiera preparado ese día para la familia, o a veces mordisqueaba un sándwich mientras vigilaba los guisos. Y una vez recogida y limpia la cocina, regresaba a casa donde comía sola y con más tranquilidad. Se contentaba con una ensalada o una sopa, ya que andaba en el empeño de perder peso. El mal trago del divorcio, sumado a la ansiedad que arrastraba desde la pérdida de Rori, la indujeron a aplacar el estrés por medio de la comida. Inútil consuelo que lo único que le reportó fueron unos kilos de más. Y ella, que siempre había tenido que controlarse porque gozaba de buen apetito y natural tendencia a engordar, se había emperrado en perder las dos tallas que ganó por culpa de meses alimentándose de manera desordenada, a base de ayunos seguidos de atracones irracionales. Ya era capaz de entrar en unos pantalones de la talla cuarenta y cuatro sin necesidad de esconder barriga para poder abrocharse el botón. Y no pensaba abandonar hasta que le quedara holgada la cuarenta y dos que usaba cuando se casó.

La ventaja de almorzar tarde, a medio camino entre la comida y la cena, era que una hora antes de dormir se preparaba un tazón de leche con cereales de fibra o de yogur con dos cucharadas de macedonia enlatada y se daba por satisfecha hasta la hora del desayuno. Con esa rutina había conseguido aligerar su peso.

Ese día se había traído un bol de sopa de verduras, que se aprestó a calentar en el horno microondas. Lo sirvió en un tazón y, con él calentándole las manos, se sentó en la mesa de la cocina y abrió la tapa del ordenador portátil. Tanteó sobre la mesa, había olvidado la cuchara. Se levantó a coger una y a por un vaso.

Mientras lo llenaba con agua mineral, aspiró con deleite. Qué rica le había salido la sopa. Por lo general, sus tardes de soledad olían a... nada. Eran lapsos de tiempo tan insípidos como sus ensaladas de dieta. Pero la de aquel día, lluviosa y gris, tenía un delicioso aroma a apio y a to-millo. Algo le decía que aquella succulenta diferencia era el presagio de algo bueno.

No imaginaba cuánto.

Lo supo una vez saciado el apetito y abierto el correo. Peló una pera con la que culminó su almuerzo, que resultó medio dulce y no tan desaborida como era habitual, mientras engullía cuadraditos de fruta iba eliminando los mensajes publicitarios no deseados. Hasta que dio con uno que no esperaba y se dio prisa en abrir aunque ya imaginaba su contenido. Dos párrafos floridos para alabar su visión artística, con agradecimiento a su participación en el concurso pero...

El pedacito de pera se le atragantó.

Después de un ataque de tos que la dejó lagrimeando y tras beber medio vaso de agua para recuperarse del ahogo, volvió a leer los dos escuetos párrafos de aquel mensaje que casi la mata. Ralf Wilson en persona le daba la enhorabuena y la emplazaba para el siguiente fin de semana a la ceremonia donde se daría a conocer el nombre del ganador, puesto que ella, Lys Scott, era una de las finalistas del certamen fotográfico al que se presentó casi por compromiso y sin la menor esperanza de ganar. ¡Y su fotografía había sido seleccionada como una de las cuatro mejores!

Abrió su perfil de Facebook y se apresuró a enviar un mensaje a Ralf, al que había conocido en una tarde sin otra cosa que hacer que pasearse por la red social. Lys no solía interactuar, era una usuaria silenciosa de la que apenas entraba y, si lo hacía, era solo por matar el rato. Así fue como dio con el anuncio de aquel concurso de foto-

grafía, patrocinado por Ralf Wilson, ingeniero aeronáutico nacido en Dublín y afincado en California. Un certamen convocado con el objetivo de promocionar en los Estados Unidos los rincones más singulares de la Irlanda.

Lys le envió un mensaje privado, felicitándolo por su buena idea. Le parecía una excelente manera de ir más allá de los lugares tópicos que los americanos de origen irlandés relacionaban al pensar en la vieja Éire. Cada americano con antepasados en la isla esmeralda hacía el firme propósito de visitar la tierra de sus ancestros al menos una vez en la vida, y la mayoría cumplía su promesa. Pero además de la insignia para la solapa que unía las dos banderas, la de las barras y estrellas y la tricolor, que vendían en las tiendas de *souvenirs*, se llevaban consigo las sensaciones grabadas en la retina, el paladar y el oído durante su estancia. Casi siempre las más típicas y fáciles de recordar.

Lys, que había crecido en las islas Aran, una tierra agreste y singular, creía que el país debía mostrarse al mundo tal como era, en toda la amplitud de su riqueza natural y cultural. Y no solo como el milagro celta de la resurrección económica que tantas columnas periodísticas llenaba, o el arpa en la cola de los aviones de Ryanair, los originales saldos de Primark, las canciones nostálgicas de la emigración, el *Ulises* de James Joyce o los siglos de luchas sangrientas.

Irlanda era mucho más que patatas y ovejas, el imperio cervecero de Sir Arthur Guinness, tréboles de San Patricio, colinas verdes y acantilados, los pechotes relucientes de Molly Malone, pelirrojos por todas partes y duendecillos Leprechaun acechando detrás de los árboles. Y así se lo hizo saber al patrocinador del certamen mediante aquel mensaje que acabó convirtiéndose en una conversación intermitente y a distancia a través del chat de la red social.

Aquel hombre era un bromista precavido, se notaba que no era la primera vez que mantenía contacto con mujeres a través de ese medio porque, a la primera de cambio, dejó caer con sutileza que estaba casado. Como si Facebook fuera un vivero de desesperadas en busca de pareja estable, sexo, o ambas cosas a ser posible. Con ese detalle presuntuoso de niño grande, consiguió caerle simpático.

Lys se apresuró a escribirle.

—Estoy asustada, ¡finalista! ¿Por qué?

—Mmmm... qué alegría volver a leerte. ¿Miedo de qué? Tu foto ha gustado a los miembros del jurado.

—Miedo al chasco que me llevaré cuando gane otro. Por culpa de todo esto, ahora tengo esperanzas.

—¡Suerte! ¿Qué otra cosa puedo decirte?

Estaba tranquila respecto a la honestidad del veredicto, por algo que Ralf le dejó claro en el momento en que la convenció para participar. Aquellas charlas que mantenían de vez en cuando no violaban ninguna regla ni influían en la decisión final. Ralf Wilson patrocinaba el premio y hasta ahí llegaba su intervención, el jurado era rigurosamente imparcial porque las fotografías les habían sido entregadas respetando el anonimato de cada autor.

Lys guardaba montones de ellas en el disco duro de su ordenador. Instantáneas que iba tomando por donde iba, que luego le servían de inspiración cuando dibujaba los escenarios de sus cuentos infantiles. Porque tenía miles de imágenes de distintos pueblos y ciudades, se dejó convencer. Y porque el premio era muy goloso, un viaje con todos los gastos pagados a la ciudad del mundo escogida por el ganador.

Envió una instantánea, con un significado sentimental muy especial para ella. Sin esperanza alguna, puesto que seguramente concurrirían otras mejores que la suya, aunque en las bases se especificaba que la participación

se limitaba a fotografías *amateurs*. Jamás pensó que su ángel de piedra de la Colegiata de Saint Nicholas de Galway quedaría entre las cuatro finalistas.

Ralf Wilson se despidió de ella con la celeridad acostumbrada, siempre daba a entender que era el hombre más ocupado del mundo. Lys le dijo «hasta pronto» y no lo entretuvo más. Su inesperado amigo virtual tenía tantos humos que cualquier día acabaría ahumado como un salmón.

Esa idea le hizo recordar a otro amigo desconocido, si así podía llamársele. En realidad, su vida social se limitaba a chatear con Ralf y a algún que otro mensaje de WhatsApp con Kenn Sayer, otro hombre que apareció en su vida de repente; un rudo galés de su misma edad que ahora vivía en Galway y con el que la unía una relación entrañable. Y, bueno, sí, también estaba el intercambio de notitas con ese personaje al que preparaba la cena a diario.

En ese último se quedó pensando, porque tenía bastante en común con Ralf Wilson. Algunos hombres nunca dejaban de ser eternos niños mimados. Y a Lys le gustaba provocar su mal humor pinchándolo dulcemente.

Dulce, dulce... Sí, qué gran idea. Miró por la ventana. No llovía tanto y, al pasar con la moto, había visto unas naranjas expuestas en la frutería de la esquina que tenían muy buena cara. Decidió calarse el chubasquero y bajar dando un paseo a comprar un kilo. Esa tarde prepararía mermelada de naranja, sin ocultarle un gasto extra a la señora McEvan. Aunque un kilo de naranjas y otro tanto de azúcar no le supondrían la ruina, no iba con su manera de ser aprovecharse del dinero que le daba para realizar las compras.

Y lo sorprendería con un tarrito junto a la fiambreira de la cena. Un poco de dulzura era lo que le hacía falta a ese raro solitario que tanto la entretenía con sus frases cargadas de acidez.

—Esto no estaba previsto, Elisabeth. A ver ahora qué hacemos.

Lys continuó dando vueltas a la carne que sofreía en la cazuela con la cuchara de madera. Sin alterarse por la manía que tenía la señora McEvan de llamarla con cualquier nombre menos el suyo real ni por el drama que estaba haciendo por un par de días de ausencia.

—No sé, así de repente le surge un viaje. ¿No puede aplazarlo?

—No, no puedo. Si fuera posible, no le pediría dos días de permiso.

—Ya, pero entiéndalo. ¿Qué hago yo ahora que tengo a toda la familia en casa?

Lys añadió las verduras troceadas y continuó sofríendolas a fuego vivo.

—Estoy dejando estofado preparado para la cena. Para almorzar he dejado unos *pannini* con tomate, queso y orégano que ya están en el horno. Hay suficientes para alimentar a una familia numerosa. Son seis comensales, yo creo que sobrarán. De todos modos, prepararé también una ensalada.

—A ver, déjame contar —meditó la mujer, mordiendo-se el labio inferior—. Brandon, Suyen, la niña, Jessica y yo. ¡Ah!, y Michael. Es verdad, que estamos de vacaciones. A veces pierdo la costumbre de contar con él.

Seis, efectivamente. Como había previsto Lys. El marido de la señora, Michael McEvan, era una especie de presencia fantasmal. Daba clases de Psiquiatría en la Universidad de Cork, durante el curso solo estaba en la casa los fines de semana. Lys no lo conoció hasta que comenzaron las vacaciones. Aunque lo veía poco, puesto que pasaba las horas muertas dedicado a sus plantas. Como buen irlandés, y además criado en una granja, adoraba ver brotar la naturaleza de la tierra. Estaba orgulloso del fruto de su afición.

A Lys le sorprendió, cuando dejó Inishmore y se instaló en Galway para estudiar en la Universidad, ese extendido orgullo por lucir el mejor jardín del vecindario. Allí en las islas Aran la gente cultivaba la tierra por necesidad, si acaso se entretenían plantando flores en las macetas. El sueño de los irlandeses de ciudad era, curiosamente, abandonarla. Y vivir en una casa con jardín, aunque para ir a trabajar tuvieran que recorrer kilómetros a diario. Uno de esos era su exmarido, pero Aidan no se manchó nunca las manos de tierra. Contrató a un jardinero, muy a su estilo de presumir, no de su esfuerzo, sino de las apariencias. En esa clase de esnob se convirtió el bohemio que, cuando se conocieron, tocaba la guitarra en una esquina de Temple Bar.

La señora McEvan había salido de la cocina rezongando sola, como de costumbre. Le dio tiempo para verter en el guiso dos latas de cerveza negra. Acababa de añadir la cucharada colmada de azúcar moreno, cuando la tenía allí de nuevo.

—Yo creo que si entre hoy y mañana dejas suficiente comida en la nevera, no será tan complicado. Además, mi nuera seguro que está dispuesta a deleitarnos con su cocina oriental —agregó con sorna—. Y no olvides dejar aparte una ración para mi hermano. Esta noche, creo recordar que me dijo que no cenaba con nosotros. Le telefonaré dentro de un rato para asegurarme.

Lys recordó con una sonrisa la mermelada que había traído preparada esa mañana, guardada en la despensa. Sobre el pequeño bote de cristal destinado a su consentido interlocutor, había pegado una nota adhesiva como las que él utilizaba, pero de color rosa. ¡Y en forma de corazón! Las vio en una tienda multiprecio y no pudo resistir la tentación de comprarlas. A saber con qué le saldría cuando la viera, ¿pensaría que era una propuesta amorosa? Se moría de risa solo de imaginar la cara de espanto de aquel maduro solterón cuando leyera:

Un poco de azúcar para endulzarle la vida. Disfrute y sonría más, amigo.

Se secó las manos con el paño y prestó atención a lo que le decía la señora McEvan, puesto que llevaba hablando un rato sin saber que no la escuchaba.

—Es lo justo —concluyó.

—¿Perdón?

—Que es lo justo, creo yo —reiteró—. El jueves y viernes que se tome como días libres, se descontarán de sus vacaciones.

—Tampoco me avisó usted de que mis condiciones de trabajo iban a cambiar de la noche a la mañana. Desde que llegaron sus hijos y su nieta, mi trabajo se ha triplicado y yo sigo cobrando lo mismo. Lo justo habría sido avisarme, al menos.

Ella la miró como si le hablara de algo extraño.

—También pongo yo el lavaplatos dos veces en lugar de una. Y bien podría dejar la cocina manga por hombro hasta el día siguiente, Lissa.

Y dale, otra vez. ¿Tan difícil era recordar que «Lys» era su nombre y no el diminutivo de otro? Y ella, tonta de remate, le había traído un bote de confitura para que la probara. Y además tenía preparada y enfriándose la masa de unas galletas que no le había pedido que hiciera. Lo suyo no tenía remedio.

—Para aprovechar el calor del horno, antes de irme, hornearé unas galletas para el té. Si le parece bien.

—Me parece magnífico —aceptó encantada.

Lys abrió el armario de la derecha y sacó uno de los dos tarros de mermelada.

—La hice ayer. En mi casa —aclaró, para evitar suspicacias.

—¿Mermelada casera?

—De naranja. Creo que a todos les gustará, está muy rica sobre las galletas de mantequilla.

—Ah... Gracias —dijo asombrada con el obsequio—. Lizzy, olvide lo que dije antes. Es cierto que se merece los dos días de descanso, por todo el trabajo extra que le estamos dando. Tiene razón, debí avisarla de que seríamos tanta gente en casa.

Fue un detalle por su parte. Pero ¿se habría disculpado de no haber aparecido en escena el tarro de confitura? ¿Le habría descontado los días libres como era su idea en un principio? Y por otra parte, ¿aprendería aquella mujer a llamarla Lys? Se quedaba con dos dudas y una certeza. Ya estaba un poco cansada de aguantar órdenes, desplantes y lamentos por tonterías. Había llegado la hora de pensar en cambiar de aires.